

COMIENZA LA TEMPORADA DE PESCA¹
Salmo 62, 6-13; Jonás 3, 1-5.10; 1 Cor 7, 29-31; Mr 1, 14-20
(21-1-09, Sergio Rosell)

Introducción

El texto de Marcos 1, 14-20 podría pasar desapercibido debido a lo escueto de su estilo. Si anteriormente ha sido objeto de la acción de Dios y del Espíritu (bautismo, tentación en el desierto), Jesús pasa ahora a la acción: anuncia la inminencia del reinado de Dios.

Lo que Jesús pide es un cambio de rumbo y la confianza en las buenas nuevas que anuncia. Con ello, dada la urgencia del momento («el tiempo se ha cumplido»), pide a dos hermanos que echan las redes que se coloquen detrás de él, que le sigan. Les pide que se conviertan en «pescadores de seres humanos», una tarea mucho más complicada que la de pescar peces. ¿Cómo se pescan seres humanos?

Lo que sorprende de la escena es que estos hermanos, sin que el texto nos prepare para ello, *dejan al instante las redes y le siguen*. Al rato, Jesús ve a otros dos hermanos, esta vez remendando las redes junto con su padre, y les insta a hacer lo mismo.

En estas pocas líneas el evangelista nos muestra algo asombroso. Ante la llamada de Jesús hay personas que están dispuestas a dejar ocupaciones e incluso a abandonar las más arraigadas lealtades. Lo primero que demanda este anuncio es la conversión del mensajero.

¹ Sermón pronunciado en la capilla de SEUT el 21 de enero de 2009.

La conversión del mensajero

Es claro que hay dos elementos clave en este corto pasaje. Por una parte es que el anuncio del reinado de Dios exige inmediatez de respuesta y por otro exige la conversión del receptor. Para anunciar el reinado, las buenas nuevas, hay que «volverse» a los requerimientos de esta nueva forma de vida. Jesús desafía lo más íntimo: la búsqueda de seguridad, preservar lo que uno tiene y es.

Si algo caracteriza al reino animal es el instinto de supervivencia. Todo versa sobre comer o ser comido, usar del momento propio para obtener máximo rédito con el menor esfuerzo, sin arriesgarse. El instinto de preservación es connatural al ser humano. Sin él, nos destruiríamos en un momento, nos echaríamos a cruzar la calle sin mirar, caminaríamos por precipicios sin construir vallas, etc.

La llamada a anunciar el reinado de Dios es sin embargo un *llamado a renunciar a la seguridad en el día a día*. Es dejar las redes (sustento) por seguir a un maestro itinerante de camino a un lugar incierto. Es abandonar relaciones de seguridad (*patria potestas*, familia, etc.) en aras de unas relaciones distintas, formadas por voluntarios, sin más vínculo que el amor mutuo; donde las herencias, los privilegios, etc., no son ya el centro de ese vínculo, sino el servicio, el darse a favor del otro, etc.

El anuncio del reino demanda la conversión del mensajero a una forma nueva de vida. No se trata de abandonar ese instinto de supervivencia que tan arraigado sino de ubicarlo en el lugar que le corresponde, por muy paradójico que pueda parecer:

Todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará (Mr 8, 35)

Es la entrega de la vida en depósito a Dios, quien la preserva de manera *sui generis*, conforme a su voluntad. ¿Quién es capaz de semejante decisión? Pudiera parecernos que los cuatro hermanos que siguen a Jesús fueran bien unos inconscientes bien las personas más espirituales del mundo. Ninguna de las opciones es realista. Se trata más bien del influjo que Jesús ejerce en la gente, pues si algo queda claro en el evangelio de Marcos es que los discípulos son lentos para entender. Su instinto de preservación continúa, no puede ser de otra forma, pero se va poco a poco colocando en el lugar que le corresponde, se va «convirtiendo» a medida que reciben mayor revelación de quién es Jesús y cuál es su misión. Se trata de una apertura de ojos que se percibe en la trama del evangelio. Es, en resumen, lo que ya expresó Anselmo: una fe que busca comprender (*fides quabens intellectu*). El llamado de Jesús exige inmediatez de respuesta, confianza en él. Luego toca comprender en más detalle el contenido de tal confianza, qué supone. Marcos es claro en este sentido. Los discípulos siguen a Jesús y por el camino aprenden (torpemente, observamos; cf. Mr 4, 10.13.34.38; 5, 31; 6, 30), pero su entendimiento es parcial, incompleto, necesita de un constante re-enfoque.

No se puede anunciar el reinado de Dios adecuadamente sin renunciar antes a la propia seguridad. Ese papel recae ya en Dios, quien cuida del ser humano allí donde la sociedad no puede llegar por falta de solidaridad. Se trata de abrir caminos en la mar, descubrir nuevos mares, siguiendo al maestro.

El texto de 1 Cor 7, 29-31 nos llama también a ello, a vivir el momento presente sabiendo que el futuro ya ha sido comenzado por el acontecimiento de Cristo y el Espíritu. Esta visión escatológica determina toda la existencia de uno en el presente. Se trata de no vivir conforme a las apariencias de este sistema, que pasa, sino de forma abierta al otro, de manera que mi supervivencia no sea lo que determine mi forma de vida hoy. ¡Tarea ardua es esta!

La conversión del receptor

Si el anuncio del reinado de Dios demanda la conversión del mensajero, también requiere la del receptor. El libro de Jonás así lo confirma. No se trata tan sólo de «oír» las buenas nuevas (en el caso de Nínive las «malas noticias»), sino de hacer algo que demuestre que se confía en el mensaje. Con el anuncio del profeta la ciudad se convierte de su mal camino (3, 8), ayuna y se pone en duelo, consciente de la seriedad del anuncio, que implica un castigo acorde a su maldad. Ese gesto nacional es interpretado por Dios como conversión y por ello se «arrepiente» del mal anunciado.

Sabemos por el resto del libro que el único realmente no «convertido» es el profeta, más preocupado por su seguridad que por el bien de toda una ciudad. Ha habido «resultados» en su misión, ¡gracias a Dios!, pero el profeta se ha olvidado por el camino de que el mensaje que anuncia le concierne tanto a él como a la ciudad pagana.

El Salmo 62 también nos indica lo que significa esta conversión. Se trata de poner los ojos en Dios y no buscar la salvación en el ser humano, es decir, ni en el sistema ni por nuestros propios logros. Resta decir que hoy día la mayoría del mundo mira a un líder que nos saque del fango en que nos hemos (nos han) metido unos pocos, pero el mensaje del salmista es claro:

⁵ En Dios solamente reposa mi alma, porque de él viene mi esperanza. ⁶ Solamente él es mi roca y mi salvación. Es mi refugio, no resbalaré. ⁷ En Dios está mi salvación y mi gloria; en Dios está mi roca fuerte y mi refugio. ⁸ Pueblos, ¡esperad en él en todo tiempo! ¡Derramad delante de él vuestro corazón! ¡Dios es nuestro refugio! Selah ⁹ Por cierto, solo un soplo son los hijos de los hombres, una mentira son los hijos de los poderosos; pesándolos a todos por igual en la balanza, serán menos que nada. ¹⁰ No confiéis en la violencia ni en la rapiña os envanezcáis. Si se aumentan las riquezas, no pongáis el corazón en ellas. ¹¹ Una vez habló Dios; dos veces he oído esto: que de Dios es el poder, ¹² y tuya, Señor, es la misericordia, pues tú pagas a cada uno conforme a su obra.

Es quizás más difícil que nunca hablar de esta manera tras estos días de cambios tan significativos y cuando tanta esperanza se está colocando en un solo individuo. De-

seamos poner nuestras esperanzas en alguien o en algún sistema que nos arregle las cosas, pero sin que medie conversión.

El salmista es sabio; sabe que la historia se repite. Se quiere salir de la situación de crisis para volver a vivir de la misma manera. No hay conversión aquí, sólo esperanza de que los malos tiempos pasen pronto para volver a las andadas. Dios, sin embargo, insiste en la transformación, en cambiar a las personas de veras, de forma «sin-cera». Ello requiere la conversión de ambos, mensajero y receptor. No puede haber cambio estructural a menos que el corazón del hombre se convierta a Dios.

Pescar seres humanos: comienza la temporada de pesca

No hemos contestado una importante pregunta que lanzamos al principio: ¿Cómo se pescan seres humanos? Quizás tenemos más claro cómo no se hace que cómo debería hacerse. Desaprobamos el proselitismo, la intolerancia, el activismo desaforado que no «respete las ideas del otro», etc. Pero a menudo nos hemos quedado en ese «anuncio de presencia», de que por el mero hecho de «ser o estar» ya está hecha la labor. Nos gusta pensar en el dicho: «Cada uno en su casa y Dios en la de todos», pero a mí me parece que se trata de una ilusión. Ni podemos asumir que Dios está en la casa de todos ni podemos, como mensajeros del reinado de Dios, quedarnos en nuestra propia casa. Jesús llama a los suyos a ir tras él. Esto implica movimiento.

¿Cómo se supone que se pescan seres humanos? Yendo a ellos, en camino de esta conversión a la que nos llama Dios por medio de Jesús. No se trata de «ser ejemplo o moralina» a todos acerca de todo, sino de vivir esa conversión de forma activa, cercanos a Jesús y yendo en su nombre (Mr 3, 13-19). Se trata de anunciar de palabra y hecho (sanando, echando fuera demonios, etc.) la venida de lo nuevo (Mr 2, 21-22). Concretemos. ¿Cómo se anuncia este reinado en Marcos? Cf. Mr 6, 7-11:

⁷ Después llamó a los doce y comenzó a enviarlos de dos en dos, y les dio autoridad sobre los espíritus impuros. ⁸ Les mandó que no llevaran nada para el camino, sino solamente bastón. Ni bolsa, ni pan, ni dinero en el cinto; ⁹ sino que calzaran sandalias y no llevaran dos túnicas. ¹⁰ Y añadió: -- Dondequiera que entréis en una casa, posad en ella hasta que salgáis de aquel lugar. ¹¹ Y si en algún lugar no os reciben ni os oyen, salid de allí y sacudid el polvo que está debajo de vuestros pies, para testimonio a ellos.

Las circunstancias han cambiado y el contexto es otro, pero el llamado persiste. Se trata del llamado a la conversión del mensajero, para que el mensaje se encarne en él, y los receptores puedan a su vez experimentar la conversión. No es cuestión de ir «sobrados» a la gente, súper seguros de nosotros mismos, sin necesitar de nada ni nadie. El envío implica justamente lo contrario: se trata de involucrarnos en la vida de los demás, compartiendo en su vulnerabilidad y en la nuestra, pero de manera activa, de forma que seamos invitados a compartir el cambio que se va ejerciendo en nosotros en este caminar. No es cuestión de arreglar este mundo desde nuestra atalaya, sino de que Dios, por medio de personas limitadas, derrote a los demonios de esta sociedad: esos temores, ídolos, esa búsqueda de seguridad a toda costa, etc. Se trata de compartir lo material en medio de esta crisis (cf. Mr 5, 30-44), confiando en la sobreabundancia de Dios, quien es nuestra seguridad. Irónicamente, nuestra seguridad no es otra, en último término, que la cruz de Cristo.

Se trata de salir afuera, no sólo existencialmente, sino físicamente, en busca de otros que puedan participar de esta cercanía con Dios que experimentamos.

Que Dios nos ayude a convertirnos para ser eficaces pescadores de seres humanos.